

# Concurso literario en español 2020 “Dale voz a la pluma”

Ministerio  
de Educación  
y Formación Profesional

Trabajos premiados





# Concurso literario en español 2020 “Dale voz a la pluma”

Trabajos premiados



EMBAJADA  
DE ESPAÑA  
EN FRANCIA

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN

## CONCURSO LITERARIO EN ESPAÑOL 2020 “DALE VOZ A LA PLUMA”

Trabajos premiados



MINISTERIO DE EDUCACIÓN Y FORMACIÓN PROFESIONAL  
Secretaría de Estado de Educación  
Dirección General de Planificación y Gestión Educativa  
Unidad de Acción Educativa Exterior

Edita:

© SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA  
Subdirección General de Atención al Ciudadano, Documentación y Publicaciones  
Edición: julio de 2020  
NIPO: 847-20-078-4 (impreso)  
NIPO: 847-20-077-9 (en línea)  
Imprime: Grafía Soluciones Gráficas, S.L.  
Maquetación: Gema Salguero López  
Diseño portada y contraportada: Marta Díaz Ortega

## ÍNDICE

Presentación.....	7
Bases y jurados del concurso .....	8
Modalidad ALCE: Secuencia de viñetas o página de cómic	
<b>7-9 años</b> .....	11
El poder de la pluma, de Eden Ugalde Bayiha	
El nuevo mundo, de Bianca Pierre Porcu	
Pequeñas acciones para cuidar nuestro planeta, de Henriette Massieux Ortiz	
<b>10-12 años</b> .....	15
¿Qué puedo hacer?, de Maya Banin Oltra	
La cueva misteriosa, de Sarah López Scherpereel	
La reserva natural, de Luz Porcel	
Protejamos el bosque, de Pablo Le Meaux García	
<b>13-15 años</b> .....	21
Ver los aviones pasar, de Andrés Pérez Guzmán	
Buscando bajo los planetas, de María Angoloti Jiménez	
Basura, de Hermine Massieux Ortiz	
Un mal día, de Mavel Febba Bueno	
<b>16-18 años</b> .....	27
Concurso Fritinfritón, de Matthieu Pagnier Arrizabalaga	
Modalidad Centros-SIE: Narración o relato breve	
<b>9-11 años</b> .....	29
El secreto de Redfox, de Amaia Otsoa Borràs	
El árbol de la esperanza, de Paul Fruneau Peñarroja	
La guerra de los bombones, de Alejandro Alonso Iglesias	
<b>12-13 años</b> .....	37
Estrella mortífera, de Helena Ghidone Alonso	
El inicio, de Jose Arturo Espinoza	
Historia de una invierna, de Maël Sevellec	
Bienvenidos al crucero Bellamar, de Manuela Huot Buil	

<b>14-15 años</b> .....	47
Bailando con mamá, de Inès Antia	
<i>Ama</i> , de Elaïa Rocchietti	
La huella, de Ines Levy Pascual	
<b>16-18 años</b> .....	57
Los peces en... la pecera de bola, de Suzanne Pinzuti	
Luz, corriente, brillo, de Evelina Traskovska	
La memoria y los héroes, de Mauro Ramírez García	

# PRESENTACIÓN

Por tercer año consecutivo, la Consejería de Educación ha convocado en 2020 el concurso literario en español “Dale voz a la pluma”, que tiene como objetivo contribuir a promover la lengua y la cultura españolas, ofreciendo a niños, adolescentes y jóvenes la posibilidad de expresarse en español –sea esta su lengua materna o no– y perfeccionar las competencias en esta lengua con el deleite que suele procurar el ejercicio de la creatividad y el esfuerzo estético.

La experiencia de las anteriores convocatorias ha aconsejado, en esta tercera, anunciar dos modalidades de trabajos: una secuencia de viñetas o página de cómic, destinada al alumnado de las agrupaciones de lengua y cultura españolas –que, por su menor exposición a nuestra lengua y cultura, podrían encontrar más motivadora esta propuesta– y una narración o relato breve, destinada al alumnado de los centros de titularidad del Estado español y a las secciones españolas en Francia.

En esta publicación se incluyen los trabajos premiados en ambas modalidades, que se enfrentan a temas como la importancia de proteger nuestro planeta, la crítica a la marginación del diferente, la defensa de la igualdad de géneros, el Estado garante de la libertad de los ciudadanos, la importancia de la esperanza o la recuperación de la historia familiar. Resulta gratificante comprobar que la iniciativa del concurso ha permitido al alumnado disfrutar de la lengua y la literatura viviendo con tanta intensidad el proceso de creación.

Los trabajos premiados son una muestra del interés, del esfuerzo y de la habilidad que los participantes, animados por sus profesores, han puesto en juego para conseguir los excelentes resultados de expresión artística y literaria que se presentan ahora a los lectores. A unos y a otros les felicitamos por sus logros, dignos de encomio.

FERNANDO PUIG DE LA BELLACASA  
Consejero de Educación

# BASES Y JURADOS DEL CONCURSO

## BASES

### A) Modalidad para las agrupaciones de lengua y cultura españolas

**1. Objetivo:** El Concurso Literario en Español 2020 “Dale voz a la pluma” tiene como finalidad contribuir a desarrollar la capacidad expresiva y promover la creatividad literaria en español.

**2. Participantes:** Podrá participar en el concurso el alumnado que curse las enseñanzas complementarias de lengua y cultura en las agrupaciones de lengua y cultura españolas.

**3. Modalidad:** Secuencia de viñetas o página de cómic.

**4. Grupos de edad:**

GRUPOS DE EDAD			
7-9	10-12	13-15	16-18

8

**5. Plazo y dirección a la que se remitirán los trabajos:** Cada uno de los trabajos presentados debe ser remitido por correo electrónico a la dirección **centrorecursos.fr@educacion.gob.es**, entre el 5 de diciembre de 2019 y el 14 de marzo de 2020.

**6. Originalidad, extensión y formato de presentación de trabajos:**

- Los trabajos presentados han de ser originales y con ilustraciones realizadas por los propios autores. Se descalificarán los trabajos plagiados total o parcialmente.
- 1 página de extensión, como máximo.
- Presentación en pdf.
- El trabajo se presentará en un único archivo e irá precedido de una ficha de participación, en la que se han de hacer constar el título del mismo y los datos del autor (nombre y apellido/s, grupo de edad en el que concursa y agrupación/aula en la que estudia).

**7. Jurado:** El jurado, constituido por dos asesores técnicos de la Consejería de Educación y dos profesores de agrupaciones de lengua y cultura españolas, será presidido por el Consejero de Educación de la Embajada de España en Francia.

**8. Premios:** Se otorgarán tres premios por cada grupo de edad, consistentes en: **expedición de un diploma, publicación del trabajo premiado (edición impresa y en línea) y entrega de un obsequio de la Consejería de Educación.**



**9. Cesión de derechos:** El autor premiado cederá a título gratuito a favor del Ministerio de Educación y Formación Profesional los derechos de explotación de la propiedad intelectual, y en especial los derechos de reproducción, transformación, distribución y comunicación pública, de la obra premiada. La correspondiente cesión revestirá el carácter de no exclusiva, se otorgará para un ámbito territorial mundial y tendrá una duración equivalente a todo el tiempo de protección que conceden a los autores, sus sucesores y derechohabientes las actuales leyes y convenciones internacionales propias de la materia de propiedad intelectual y las que en lo sucesivo se puedan dictar o acordar.

**B) Modalidad para los centros de titularidad del Estado español y las secciones españolas**

**1. Objetivo:** El Concurso literario en español 2020 “Dale voz a la pluma” tiene como finalidad contribuir a desarrollar la capacidad expresiva y promover la creatividad literaria en español.

**2. Participantes:** Podrá participar en el concurso el alumnado que curse estudios en el Colegio Español Federico García Lorca, en el Liceo Español Luis Buñuel o en las Secciones españolas en Francia.

**3. Modalidad:** Narración o relato breve.

**4. Grupos de edad:**

GRUPOS DE EDAD			
9-11	12-13	14-15	16-18

**5. Plazo y dirección a la que se remitirán los trabajos:** Cada uno de los trabajos presentados debe ser remitido por correo electrónico a la dirección **centrorecursos.fr@educacion.gob.es**, entre el 5 de diciembre de 2019 y el 14 de marzo de 2020.

**6. Originalidad, extensión y formato de presentación de trabajos:**

- Los trabajos presentados han de ser originales y pueden incluir ilustraciones realizadas por los propios autores. Se descalificarán los trabajos plagiados total o parcialmente.
- 2 páginas de extensión, como máximo.
- Presentación en Word (márgenes superior, inferior y laterales de 2,5 cm; interlineado de 1,15 pt; letra Times New Roman 12).
- El trabajo se presentará en un único archivo e irá precedido de una ficha de participación, en la que se han de hacer constar el título del mismo y los datos del autor (nombre y apellido/s, grupo de edad en el que concursa y centro o sección en que estudia).

**7. Jurado:** El jurado, constituido por dos asesores técnicos de la Consejería de Educación y tres profesores de centros y secciones internacionales españolas, será presidido por el Consejero de Educación de la Embajada de España en Francia.

**8. Premios:** Se otorgarán tres premios por cada grupo de edad, consistentes en: **expedición de un diploma, publicación del trabajo premiado (edición impresa y en línea) y entrega de un obsequio de la Consejería de Educación.**

**9. Cesión de derechos:** El autor premiado cederá a título gratuito a favor del Ministerio de Educación y Formación Profesional los derechos de explotación de la propiedad intelectual, y en especial los derechos de reproducción, transformación, distribución y comunicación pública, de la obra premiada. La correspondiente cesión revestirá el carácter de no exclusiva, se otorgará para un ámbito territorial mundial y tendrá una duración equivalente a todo el tiempo de protección que conceden a los autores, sus sucesores y derechohabientes las actuales leyes y convenciones internacionales propias de la materia de propiedad intelectual y las que en lo sucesivo se puedan dictar o acordar.

## JURADOS

### A) Modalidad para las agrupaciones de lengua y cultura españolas

El Jurado estuvo compuesto por los siguientes miembros:

**Presidente:**

Fernando Puig de la Bellacasa, Consejero de Educación

**Vocales:**

Margarita Elena García, profesora ALCE París

Eduardo Otxoa Etxeberria, asesor técnico, Consejería de Educación

Isidoro Pisonero del Amo, asesor técnico, Consejería de Educación

Francisca Pose Furest, profesora ALCE París

### B) Modalidad para los centros de titularidad del Estado español y las secciones españolas

**Presidente:**

Fernando Puig de la Bellacasa, Consejero de Educación

**Vocales:**

Pilar Arancón Rey, maestra del colegio Federico García Lorca

Alberto de los Ríos Sánchez, asesor técnico, Consejería de Educación

Alicia García Fernández, profesora del liceo Luis Buñuel

Jesús Gilabert Juan, profesor de la SIE de St. Germain-en-Laye

Isidoro Pisonero del Amo, asesor técnico, Consejería de Educación

TRABAJOS PREMIADOS  
EN LA MODALIDAD DE SECUENCIA  
DE VIÑETAS / PÁGINA DE CÓMIC  
7-9 AÑOS

## EL PODER DE LA PLUMA

Eden Ugalde Bayiha, aula de Versalles (ALCE de París)

Primer premio



## EL NUEVO MUNDO

Bianca Pierre Porcu, aula de Estrasburgo (ALCE de París)

Segundo premio

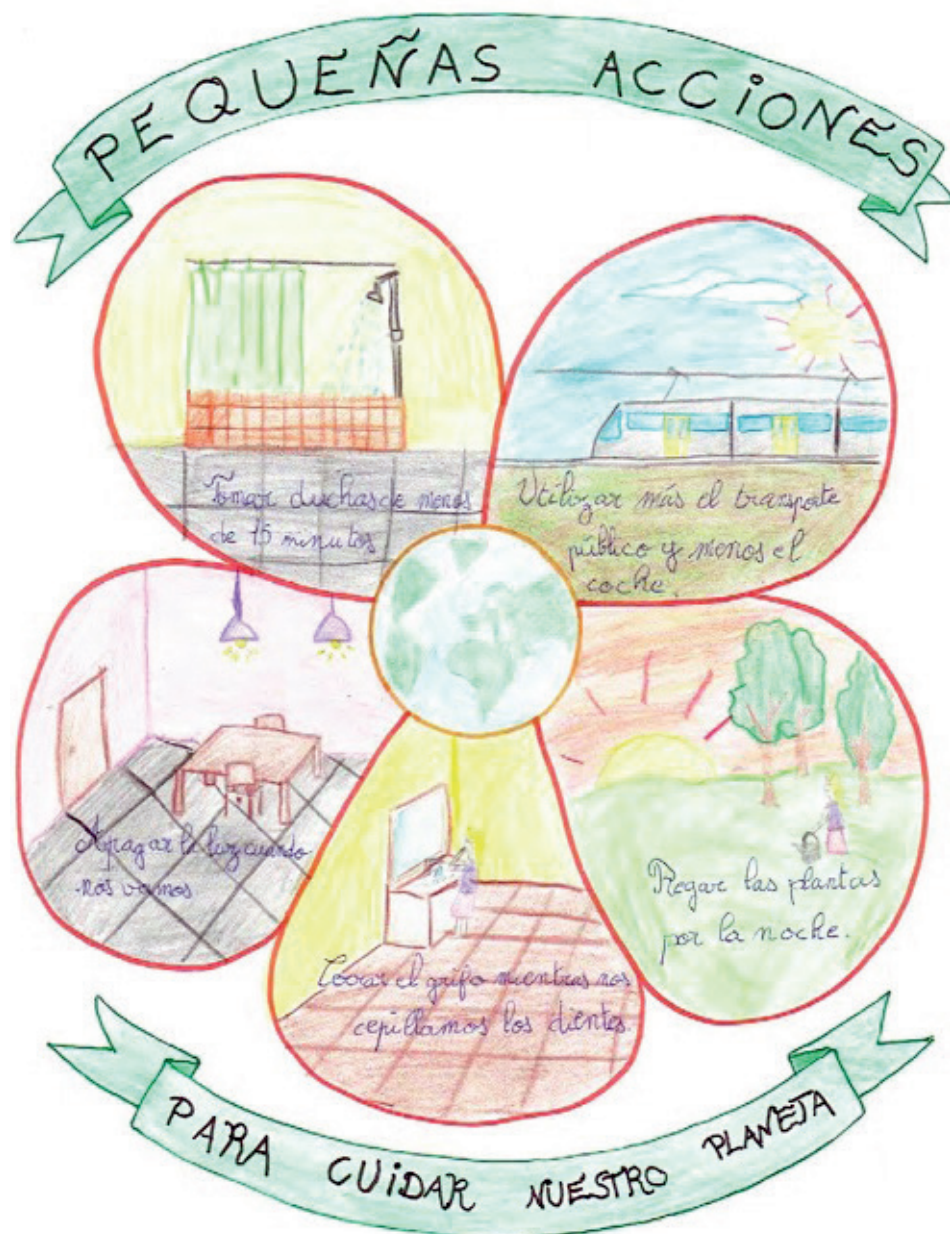




## PEQUEÑAS ACCIONES PARA CUIDAR NUESTRO PLANETA

Henriette Massieux Ortiz, aula de Issy-les-Moulineaux (ALCE de París)

Tercer premio

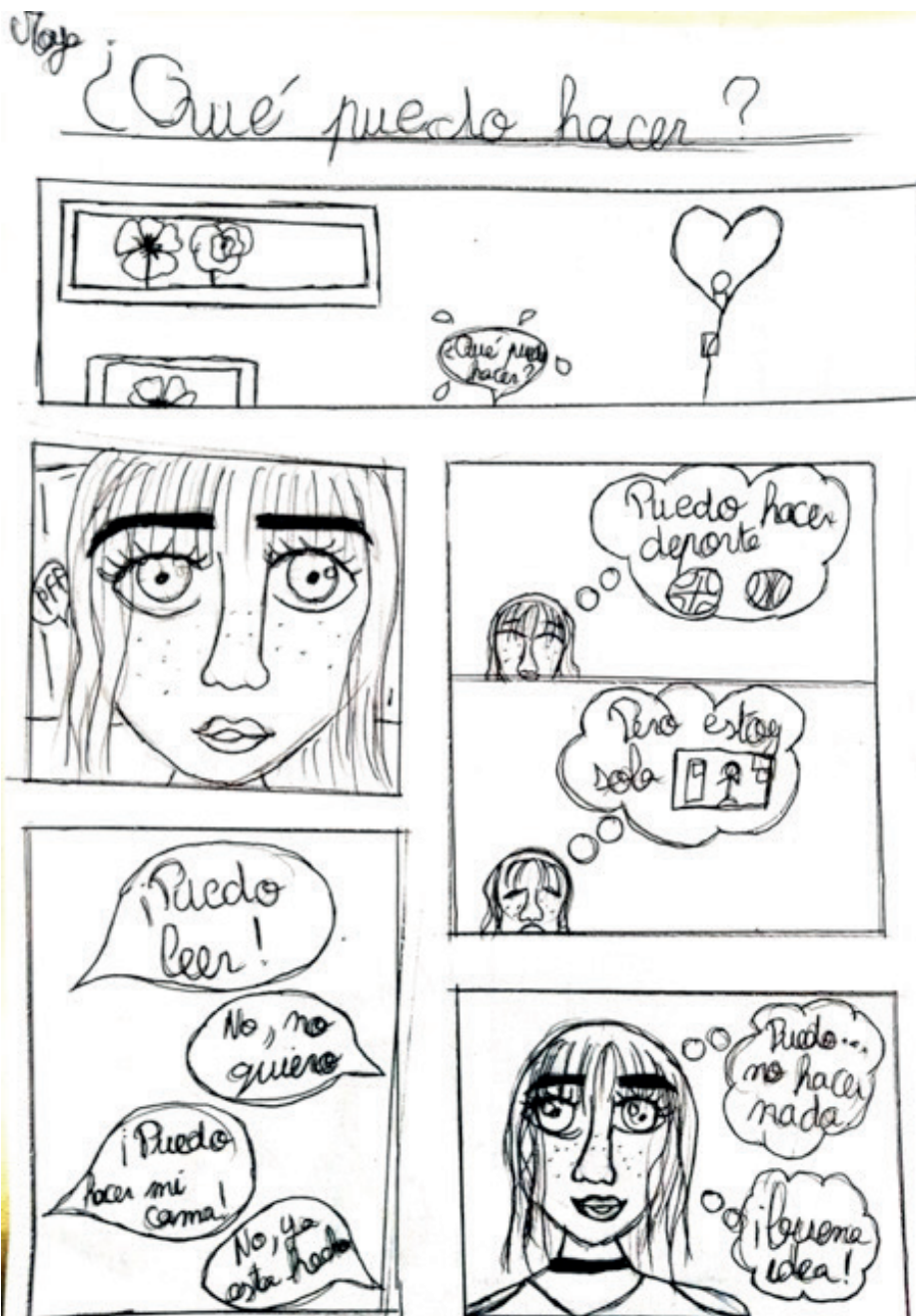


TRABAJOS PREMIADOS  
EN LA MODALIDAD DE SECUENCIA  
DE VIÑETAS / PÁGINA DE CÓMIC  
10-12 AÑOS

## ¿QUÉ PUEDO HACER?

Maya Banin Oltra, aula de Neuilly-sur-Seine (ALCE de París)

Primer premio





## LA CUEVA MISTERIOSA

Sarah López Scherpereel, aula de Neuilly-sur-Seine (ALCE de París)

Segundo premio



## LA RESERVA NATURAL

Luz Porcel, aula de Neuilly-sur-Seine (ALCE de París)

Tercer premio ex aequo



## PROTEJAMOS EL BOSQUE

Pablo Le Meaux García, aula de Montmagny (ALCE de París)

Tercer premio ex aequo





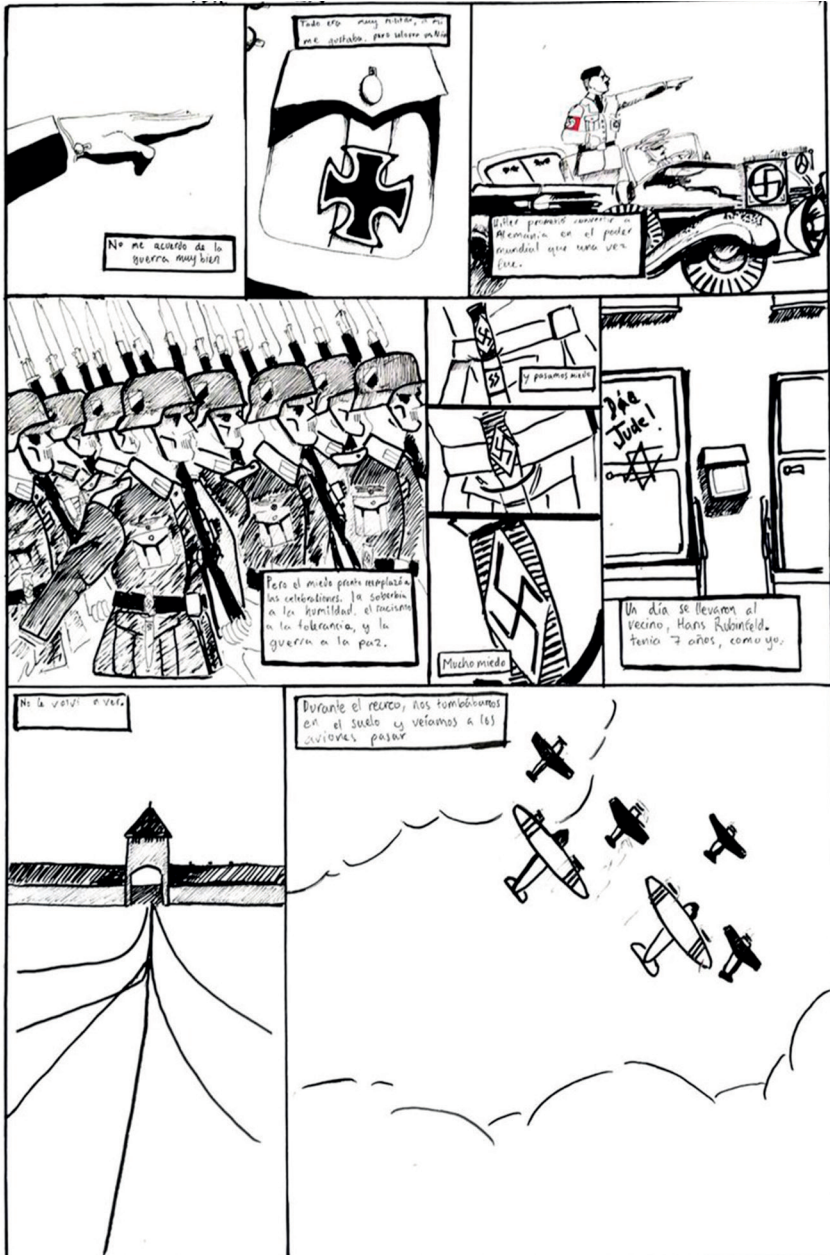
TRABAJOS PREMIADOS  
EN LA MODALIDAD DE SECUENCIA  
DE VIÑETAS / PÁGINA DE CÓMIC  
13-15 AÑOS



### VER LOS AVIONES PASAR

Andrés Pérez Guzmán, aula de Colomiers (ALCE de Lyon)

Primer premio



## BUSCANDO BAJO LOS PLANETAS

María Angoloti Jiménez, aula de Blagnac (ALCE de Lyon)

Segundo premio



# BASURA

Hermine Massieux Ortiz, aula de Issy-les-Moulineaux (ALCE de París)

Tercer premio ex aequo





## UN MAL DÍA

Mavel Febba Bueno, aula de Bergson (ALCE de París)

Tercer premio ex aequo



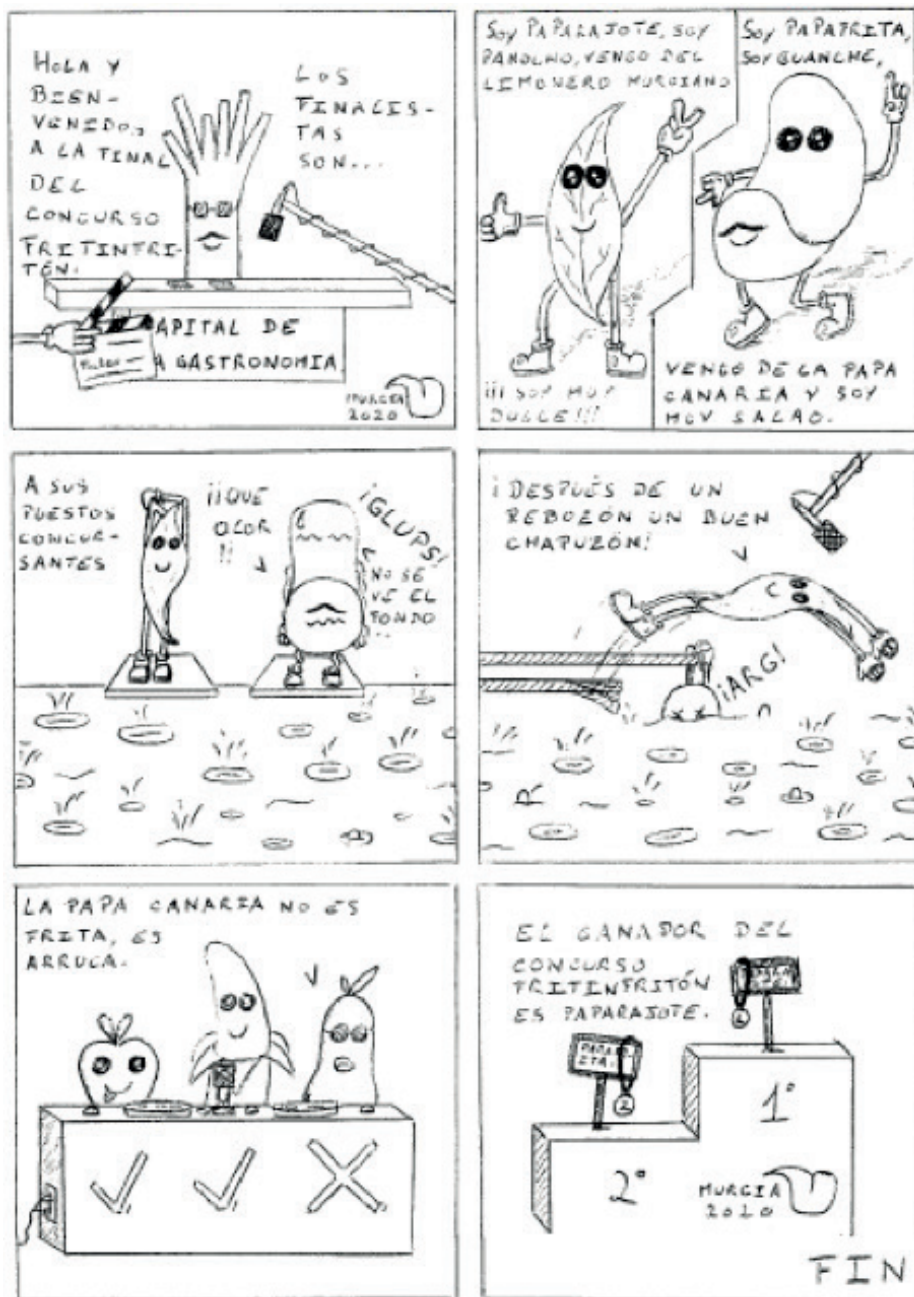


TRABAJOS PREMIADOS  
EN LA MODALIDAD DE SECUENCIA  
DE VIÑETAS / PÁGINA DE CÓMIC  
16-18 AÑOS

### CONCURSO FRITINFRITÓN

Matthieu Pagnier Arrizabalaga, aula de La Montée (ALCE de Lyon)

Primer premio



TRABAJOS PREMIADOS  
EN LA MODALIDAD DE  
NARRACIÓN / RELATO BREVE  
9-11 AÑOS

## EL SECRETO DE REDFOX

Amaia Otsoa Borràs, Colegio Español Federico García Lorca

Primer premio

Me llamo Niss. Tengo 16 años y soy sin duda la persona más buscada en el país en este mismo momento.

Todo empezó hace unos cinco meses. Vivía en el internado de Redfox, situado en Servonia, que fue en otros tiempos Inglaterra. Las condiciones en el internado eran muy duras. Después de las clases nos obligaban a limpiar las aulas y los lavabos. Antes de cenar íbamos todos al gimnasio. Durante dos horas nos sometían a todo tipo de ejercicios, que nos dejaban exhaustos. No teníamos ni un minuto de reposo. Los alumnos que no superaban los exámenes eran castigados o desaparecían misteriosamente. Pero yo era una alumna brillante.

Cada año, el primer lunes del mes de enero, llegaban niños nuevos, todos de 5 años. Llevaban una tarjeta colgada al cuello, con su nombre y su fecha de nacimiento. Era, como lo llamábamos los internos, el día de los novatos. Los mayores los recogíamos del tren que los llevaba al establecimiento y los acompañábamos a sus habitaciones. Ninguno de los recién llegados sabía quiénes eran sus padres ni si estos estaban vivos. No sabían ni siquiera sus apellidos. Parecía que, al llegar aquí, habían perdido la memoria. Y no la recuperaban a lo largo de los años. Los adultos nos decían que nuestros padres habían decidido alojarnos en esta prestigiosa academia y que volveríamos a verlos cuando tuviésemos 16 años. Yo estaba impaciente por cumplir esa edad para poder salir de Redfox de una vez por todas. Intentaba alegrarme cada vez que cumplía años, porque era un paso más para salir del internado, pero no lo conseguía. Tenía miedo. Miedo de que fuese todo mentira, de que mis padres hubiesen fallecido o tuviesen problemas. Miedo de que la gente con la que iría a vivir no fuese en realidad mi familia. Miedo de no recuperar nunca jamás mi real identidad.

El 29 de febrero fue mi cumpleaños, el último que pasé en la academia. Cuando finalizaron las clases, fui a mi habitación a recoger mis cosas. Las puse en un montón sobre mi cama y después me dirigí hacia el despacho de la directora. Nunca había hablado con ella. En la habitación teníamos una fotografía suya enmarcada. La expresión severa de su rostro nos daba miedo. Cuando me vio entrar, se levantó de la silla. Sin dirigirme una palabra, me entregó un diploma y una maleta para guardar mis cosas y volví a mi habitación.

Al día siguiente me despedí de mis compañeras y me subí al tren. La directora me acompañó. Me senté en un sillón en el último vagón del tren. Enseguida me dormí. Al cabo de una hora, me desperté al oír un grito. Unos hombres estaban atacando a la directora. Me levanté sin saber qué hacer. Me puse a correr hacia la parte trasera del tren, donde había una puerta que daba al exterior. Saldría por allí. De repente noté unas manos que me inmovilizaban y sentí un pinchazo. Enseguida me dormí.

Al despertar, noté un intenso dolor en el brazo. Lo tenía vendado. Estaba en una sala muy pequeña, sin muebles. Solo la cama sobre la que estaba tumbada. Una mujer apareció en la puerta.

– Hola, cariño. Me llamo Carol. Soy tu madre.

Mi madre. Por fin la conocía. Me contó todo desde el principio. Mis padres vivían felices en la capital. Pero un día, un general llamado Thomas Lobarius dio un golpe de Estado y el país quedó sometido. Se autoproclamó dictador y emprendió una serie

de reformas. Una de ellas era la de la educación. Todos los niños, cuando cumplían 5 años, estaban obligados a pasar una serie de pruebas que determinaban su coeficiente intelectual. Se seleccionaba a los más inteligentes y se les mandaba a una serie de prestigiosas academias. Pero antes se les borraba la memoria para que no recordaran a sus familiares. A los niños que no eran seleccionados se les asignaban escuelas para adoctrinarlos. Los niños de las academias no tenían mucha más suerte. Al cumplir los 16 años, les hacían creer que iban a volver a su casa, pero en realidad los enviaban a laboratorios, donde eran sometidos a pruebas extremas para estudiar con más profundidad su inteligencia. Muchos morían en el proceso. El objetivo de los científicos era crear una nueva generación con una inteligencia sobrenatural. La inteligencia perfecta. Unos años después, nací yo. Hasta los 5 años tuve una infancia alegre. Pero al pasar las pruebas para determinar mi inteligencia, detectaron que era un caso extraordinario. Se le llamaba caso SN, sobrenatural. Y decidieron enviarme a la academia Redfox, la mejor del país.

Al principio del proyecto, hubo una serie de revueltas por parte del pueblo, que fueron reprimidas duramente por el dictador. A partir de ese momento, el dictador obligó a los ciudadanos a pasar una revisión médica anual. Y todos eran vacunados, según la versión oficial, para evitar el contagio de virus letales. Pero en realidad la vacuna era un veneno que inhibía la facultad de razonar. Querían evitar a toda costa más sublevaciones. Mis padres y unos amigos suyos, al darse cuenta de lo que pasaba, decidieron esconderse mientras preparaban un plan para derrocar al dictador. Quisieron llevarme con ellos, evitar que me enviaran al internado, pero un día los militares hicieron irrupción en casa y me llevaron. Mi padre perdió la vida protegiéndome.

Mi madre afirma que, para terminar con este sistema cruel, hay que liberar a todos los niños de las academias. Yo he sido la primera. Por eso, las autoridades me persiguen día y noche. Soy, para ellos, la figura que simboliza la rebelión.

31





## EL ARBOL DE LA ESPERANZA

Paul Fruneau Peñarroja, Colegio Español Federico García Lorca

Segundo premio

Érase una vez un niño llamado Juan que, cada vez que le ocurría algo, se iba al lado de un árbol que él llamaba “El árbol de la esperanza”. Juan era un niño muy tímido, nunca jugaba con nadie y siempre, al final de las clases, corría lo más rápido posible para llegar cuanto antes a su árbol favorito.

Cada vez que llegaba a su árbol de la esperanza, pensaba en los momentos importantes de la vida de su familia y la suya. Cuando Juan se ponía debajo de su sombra, se acordaba de los momentos felices de su vida, como la boda de sus padres –que ocurrió allí– y cuando venía a jugar con su hermana mayor –que desgraciadamente murió de un cáncer de pulmón–; también pensaba en momentos tristes, como el entierro de su hermana y de su abuela. Este árbol había sido plantado por un familiar suyo hacía muchos años.

Un día, Juan se dio cuenta en el colegio de que había un compañero nuevo en su clase, que se llamaba Alberto. Alberto era un niño rubio, de altura media y con unas gafas redondas...

“Alberto era muy sociable, tan sociable que hasta vino a verme. Me habló y, por no tener mala educación, le respondí. Al cabo de un tiempo, nos hicimos amigos y, como empezaba a confiar en él, le dije mi mayor secreto: el árbol de la esperanza. Cuando le confíé todo, quiso decirme algo.” “Cuando era pequeño, mis padres me abandonaron justo debajo del árbol de la esperanza. Por suerte, me encontró una señora muy amable, llamada María”. Alberto consideraba a María como una madre, ¡hasta le llamaba mamá!

Al cabo de un rato los dos amigos se dieron cuenta de que se hacía tarde y cada uno se fue a su casa. Al día siguiente, Juan se fue al colegio y en el camino se encontró a Alberto con una señora, que supuso que era María, la señora que había adoptado a Alberto. “Alberto empezó a hablarme y ahí empezó el diálogo: nos contábamos cosas básicas como ¿Cuál es tu color favorito? ¿Dónde vives?... Cuando llegamos a clase, nos instalamos al lado para poder hablar: ¡Ahora entiendo por qué mis notas bajaron!”

“Cuando sonó la campana, Alberto y yo fuimos los primeros en salir del colegio. Después de un rato, Alberto me dijo que tenía un juego chulo, y yo le pregunté: ¿Qué juego es? Alberto se echó a reír y dijo: ¡Vamos a montar una cabaña en las ramas del árbol de la esperanza!”

Pero Juan no quiso subir al árbol de la esperanza e impidió a Alberto subir, porque para él el árbol de la esperanza era lo más importante y lo más bonito que tenía en la vida. Alberto no entendía que el árbol de la esperanza fuera tan importante para Juan; para él era un árbol normal, como todos los que hay en el bosque del pueblo. Al final, Alberto entendió que Juan quería mucho a ese árbol y que para él era un símbolo de la Paz. Alberto tuvo otra idea, la de construir la cabaña en otro árbol que fuera tan grande y bonito como el árbol de la esperanza. Cuando encontraron el árbol perfecto para construir la cabaña, empezaron a buscar trozos de madera, que iban poniendo justo delante del árbol. Después de un rato, empezaron a construir la cabaña... Cuando terminaron de construirla, los niños quisieron irse a su casa, pero se dieron cuenta de que se habían perdido mientras estaban buscando el buen árbol. Juan conocía perfectamente el bosque, pero como era tarde y el sol se ponía, ya se estaba haciendo de



noche. Las dos familias se preocupaban por los dos niños que se habían perdido. María llamó a la policía y dijo cómo estaban vestidos... Por la mañana, a Juan y a Alberto les despertó el ruido de un helicóptero, que les estaba buscando. Alberto y Juan se pusieron a gritar de alegría y se subieron al helicóptero. Cuando llegaron al pueblo, Juan y Alberto fueron directamente al árbol de la esperanza para guardar ese momento en el interior del árbol y, desde ese día, Juan y Alberto se hicieron los mejores amigos para toda la vida y todos los días iban los dos a recordar ese momento debajo de la sombra del árbol de la esperanza.

50 años después, en la REVISTA DE ESPAÑA:

### *El árbol de la esperanza*

En el Parque de las Plantas de Granada hay un árbol gigantesco, llamado “El árbol de la esperanza” por un niño que ahora tiene ya 75 años. Se llama Juan Pérez y es amigo de Alberto García. El árbol de la esperanza fue el remedio de estos dos amigos, que, cada vez que tenían algún problema, se iban a refugiar bajo la sombra de este árbol de la esperanza, que en seguida les daba fuerza para continuar con lo que hacían.

## LA GUERRA DE LOS BOMBONES

Alejandro Iglesias Alonso, Colegio Español Federico García Lorca

Tercer premio

Era 1999, estaban en guerra dos bandos: los bombones, cuyo líder era el señor Bombo III, y los caramelos, una tribu sin líder.

El rey Bombo III era muy malvado, rico y egoísta, porque quería quedarse todo el mundo Chuche.

El mundo Chuche se dividía en tres tribus: los bombones, los caramelos y las golosinas, esclavizadas por el rey Bombo III.

Los bombones tenían armas: lanzallamas y escudos de hierro. Los caramelos eran expertos criando animales de caramelo. Ellos iban a la guerra con dragones de caramelo, unicornios de caramelo, pegasos de caramelo y arcos y escudos de diamante.

Los bombones se pusieron a entrenar para la guerra, pero los caramelos fueron listos e hicieron una gran muralla.

En mundo Chuche había también una tribu desconocida, enemiga mortal de los bombones, que hizo un pacto con los caramelos. Esa tribu era la fruta. Era una tribu muy hábil para la guerra, que tenía constructores, inventores y gigantes. Los inventores inventaron aviones, bombas y paracaídas para saltar de los aviones.

Gente de la tribu de los caramelos fue a espiar al rey Bombo III. Así fue como le oyeron decir: “Vamos a atacar mañana a la una y media”. Al día siguiente, a la una y cuarto, los dos ejércitos estaban preparados... Pasó el tiempo e iba a empezar la guerra, cuando de repente... A un bombón le dio un ataque de estrés y tuvieron que dejar la guerra para otro día.

El rey Bombo III estaba intentando hacer pactos con tribus de otras islas lejanas. Y apareció la esperanza, la bruja Marta Picapica. El trato de la bruja era: “Yo te doy la victoria y tú me das el privilegio de ser reina de los bombones”. La bruja le dio pociones para hacer más débiles a los de la tribu contraria y varitas mágicas.

Al mismo tiempo, la bruja Picapica le ofreció lo mismo a los caramelos, pero ellos lo rechazaron, lo que enfadó a la bruja, que se fue indignada. Los caramelos la rechazaron porque habían hecho un pacto con otro brujo, llamado Alejandro Picapica, hermano de la bruja Marta Picapica.

Cuando estaban listos para la guerra, la guerra empezó y todas las cosas de la bruja no funcionaban, lo que provocó la derrota de los bombones. El brujo encarceló a su hermana en la prisión. La guerra terminó, gracias al brujo, y todos vivieron felices.

Pero el rey Bombo III, que no tuvo hijos, murió en 2011 y entonces uno de los bombones, llamado Bombín, se presentó para cubrir el puesto del antiguo rey, pero no iba a ser todo tan fácil para él, ya que el hijo de Alejandro Picapica, llamado Gustavo Picapica, también se presentó. Había que votar para ver quién sería el futuro rey.

A Bombín lo votaron todos los bombones, pero a Gustavo Picapica le votaron los caramelos y las frutas. Pero Bombín tenía muchas cosas malas, una de ellas que nunca se rendía. Así que pidió que las votaciones se repitieran. Le dijeron que sí, pero volvió a perder, y de nuevo volvió a pedir que se repitieran las votaciones, pero esta vez nadie lo aceptó.

Bombín quiso empezar de nuevo otra guerra, pero nadie quería apoyarle, esta vez ni los bombones. Entonces se tuvo que ir al mundo humano para hacer pactos con ellos.

Al día siguiente, la guerra empezó, pero Bombín mandaba mucho, por lo que sus reclutas se volvieron contra él por mandar tanto. Esto puso fin a la guerra del mundo Chuche.

A partir de ese día, el rey de los bombones fue Gustavo Picapica, que fue un rey muy amable y bueno. Desde entonces todos han vivido en paz en el mundo Chuche. Hizo pactos con los españoles, los estadounidenses, los franceses y los rusos. Ellos le dieron catapultas, tanques y un montón de armas militares. Pero un caramelo le vio hacer los pactos y entonces le intentaron copiar la idea de hacer pactos con los humanos, pero ellos no tuvieron nada de suerte porque no lograron reclutar nada más que a los costarricenses, que les dieron muchos caballos para moverse más rápido.





TRABAJOS PREMIADOS  
EN LA MODALIDAD DE  
NARRACIÓN / RELATO BREVE  
12-13 AÑOS

## ESTRELLA MORTÍFERA

Helena Ghidone Alonso, Sección española de Saint-Germain-en-Laye  
(Collège Marcel Roby)

Primer premio

El primer día, oí a mi madre llorando en la cocina. Estaba cosiendo una estrella amarilla en cada una de nuestras prendas. Yo no entendí por qué, pero pensé que mejor no se lo preguntaba, porque ya parecía muy triste. A continuación, cogí mi mochila para ir al colegio. Al salir al jardín, vi que mi padre estaba dándole a nuestro gato en las costillas con un cuchillo. Brotaba mucha sangre, y el gato gritaba mucho, gesticulando igualmente. Pero de un golpe se calló y no se movió nunca más, quedándose para siempre con sus grandes ojos abiertos por el terror. Mi padre lloraba, pero no decía nada. Proseguí mi camino, pero, al llegar a la puerta de mi escuela, un guardia que llevaba una bandera con una cruz extraña encima me impidió pasar. Yo no entendía por qué, y él me dijo con una voz llena de odio: “La gente de tu especie no es bienvenida en esta escuela”. Volví a casa llorando, y mi madre me dio un fuerte abrazo.

El segundo día, mi padre me despertó muy pronto para avisarme de que teníamos que irnos rápida y silenciosamente. Me vestí y salí de casa. El aire frío del invierno me dañó la piel, pero empecé a andar, entre mi padre y mi madre, luchando contra un viento terrible. Al cabo de algún tiempo, llegamos a un río. Por lo que entendí, teníamos que atravesarlo. Pero nunca llegamos a hacerlo, porque unos guardias, parecidos al de la escuela, llegaron y atraparon a mis padres. Ellos ni siquiera se defendieron. Un guardia vino hacia mí y me agarró con fuerza por los brazos, dejándome sin duda marcas en la piel. A continuación nos llevaron hasta un trencito en el cual estaban aglutinadas decenas de personas que llevaban la misma estrella que nosotros, que parecía ser la causa de todo esto. Cerraron las puertas, y nos quedamos en una oscuridad total.

El tercer día, me desperté en un suelo frío, rodeada de muchas personas. Casi todas tenían la cabeza afeitada, y pronto vino una mujer gorda a mi encuentro. Parecía malhumorada, y me agarró para arrastrarme por el suelo hacia otro sitio, desde el cual pude ver mi pelo caer, mientras un ruido de tijeras sonaba en el aire. Sentí lágrimas amargas deslizarse por mis mejillas, y las vi aplastarse silenciosamente contra el suelo rugoso y sucio. Mi padre y mi madre habían pasado por la misma etapa, pues su cabeza ya solo estaba cubierta por una fina capa de pelo. Cuando llegó la hora de comer, una campana sonó y un mar de estrellas amarillas se abalanzó hacia su sonido. Allí, dos personas nos repartieron unos boles de tierra cocida, de forma más o menos circular, y nos empujaron hacia una cola interminable de gente. Esta avanzaba tan lentamente que pensé que nunca llegaríamos hasta el final. Pero, al cabo de un tiempo infinito, por fin llegó nuestro turno. Nos esperaba una caldera enorme en la cual barboteaba un líquido amarillento. Un señor antipático, que sostenía un cucharón en la mano, nos sirvió la “comida”. Ni siquiera llegué a probarla, del asco que me daba. El resto del día, tuve que barrer la sala gigantesca, ocupada por decenas de camas, que nos servía de dormitorio, con la ayuda de los otros niños.

Ya es el cuarto día desde que empezó este infierno. Es muy pronto y al lado mío todos duermen todavía. Estoy en una litera al lado de la puerta y el frío entra, haciéndome tiritar. De pronto oigo pasos y voces. Se paran delante de la puerta del dormitorio. Y oigo lo que están diciendo: “Tienes razón, esos no servirán de nada. Mañana los

eliminaremos." Los pasos se alejan y ya no los oigo. Sigo tiritando, pero no de frío, sino de miedo. Poco después, vienen unos veinte guardias a decirnos que esta mañana nos toca darnos una ducha. Todos están contentos, salvo yo. He entendido que la ducha será letal para todos nosotros. Pero cuando busco a mis padres para decírselo, los veo entrar ya en el gran compartimento mortífero. Muerta de miedo, me veo avanzar hacia dentro, rodeada por una multitud de estrellas amarillas. Finalmente, los guardias cierran las puertas. Me cuesta respirar y veo que lo mismo les pasa a los demás. Los primeros en caer son los niños pequeños y los ancianos. Los que siguen vivos intentan encontrar una escapatoria. Yo, no. Sé que no hay ninguna. Prefiero tumbarme al lado de los difuntos y cerrar los ojos para siempre. Justo antes de morir, mi corta existencia pasa entera delante de mis ojos, mis momentos de tristeza o de enfado, de diversión o de alegría. Todos mis recuerdos afluyen a mi cabeza con infinita precisión. De pronto, una luz blanca aparece en mi campo de visión. Irresistiblemente me dirijo hacia ella. Me engulle completamente... y entiendo que es el fin.

## EL INICIO

Jose Arturo Espinoza, Colegio Español Federico García Lorca

Segundo premio

Todo comenzó esa noche del 18 de agosto de 2006. Eran casi las 21:00 horas. Yo me encontraba tranquilo en mi manantial, pero al fin llegó el tiempo. Yo no sabía quién era ni lo que iba hacer, había un camino oscuro por recorrer y, al final de ese camino, una luz se intensificaba. No sabía que me esperaba un mundo desconocido allá afuera. Escuché murmullos, melodías extrañas...; sentía curiosidad por lo que había detrás de esa luz, pero a su vez tenía miedo de atravesarla, aunque había personas que ansiaban conocerme: escuché sus voces y fue el momento en que me armé de valor y me dirigí hacia la luz.

Durante el viaje, me estaba arrepintiendo. No sabía que era tan difícil atravesarlo, hasta que, en un momento, sentí de golpe que alguien tiraba de mi cabeza y me ayudaba a salir. Crucé la luz y sentí un ligero ahogo que se me pasó de inmediato; sentí pánico, alegría y hambre, mucha hambre; en verdad, empecé a sentir tantas cosas... y, no sabiendo cómo expresar todo aquello, empecé a llorar. Divisé varias personas, preocupadas, que corrían de un lugar a otro; pensé que fue un error llegar en un momento impreciso. Había una persona que no dejaba de mirarme; sobresalía con su cabeza y con sus pocas fuerzas; en ese instante me agité, era mi corazón que empezaba a palpitar más fuerte que antes... y sentí que aquel ser es la luz de mi vida.

40

Desde aquel día, se inició mi curiosidad por saber qué me sucederá en este sitio tan amplio y lleno de sonidos. Fue también entonces cuando empecé a escuchar el ruido de unas gotas de agua que caían sobre la ventana, el silbido fresco sobre mi rostro que, a su vez, hacía caer las hojas de los árboles. Llamo a este mundo “mi existencia”.

Pero no todo era bueno, había algo que me molestaba y no me dejaba dormir por las noches. Pasó el tiempo y, frecuentemente, iba a visitar a una anciana que siempre estaba sentada en medio de montes que tenían un olor especial, un olor bastante fuerte que hasta ahora no conocía: el olor de la frescura del campo. Me sentaba frente a esta mujer en una habitación en cuyas paredes había imágenes de algunos santos y, en una mesa, muchas velas encendidas junto a vasos llenos de agua y otros con una yema de huevo. De repente, la mujer tomaba en su mano un manojo de hierbas de aquellos montes y empezaban a brotar por todo mi cuerpo, desde la cabeza hasta los pies, por delante y por detrás una y otra vez; luego, pasaba sobre mí un huevo de la misma manera, caminaba hacia la mesa, rompía el huevo, lo colocaba dentro de uno de los vasos con agua y se quedaba mirando detenidamente un instante; después, regresaba diciendo “bien ojeado ha estado el guagua”, estaba siendo preso de un mito; para terminar mi visita, la mujer tomaba un sorbo de algo que parecía agua y lo lanzaba sobre mi cabeza y rostro; en verdad era lo único que me desagradaba por el olor a caña de azúcar destilada que yo emanaba ; y, antes de salir, me colocaba en la frente una señal negra en forma de cruz, que tenía un aspecto aceitoso mezclado con cenizas, ¿qué habrá contenido esa mezcla?, nunca lo supe.

Regresábamos a casa y solo tenía ganas de dormir (era lo único que sabía). Todos estaban convencidos de que ya estaba curado, me cubrían con su manto y me dejaban dormir. Después, pude concluir que, cada vez que lloraba como una magdalena, iba a ese lugar para curarme del espanto y de las energías negativas que me transmitían las personas.



Todos los días tenía a alguien que me hacía bailar, alguien que me preparaban los alimentos y me protegía como un tesoro con todo su amor, otro me sostenía en brazos durante largas horas, pero sabía que no eran los brazos de mi madre, ¿dónde estaba?, ¿por qué desaparecía? Más tarde comprendí que estaba allá fuera, en medio de las montañas, preparando mi siguiente viaje.

Llegó la hora de mi viaje. Me fui lejos de casa y continué en el camino de la curiosidad... ¿Qué me esperará en esta nueva experiencia de vida? Quisiera copiar y pegar el primer párrafo nuevamente, porque se cruzan mis emociones.

Para terminar, voy a sacar lo que tengo siempre en mi bolsillo, algo de mucho valor que he traído desde mi país hasta Francia: el “amor de mi familia”.

## HISTORIA DE UNA INVIERNA

Maël Sevellec, Sección española de Lyon  
(Cité Scolaire Internationale de Lyon)

Tercer premio *ex aequo*

Érase una vez una mujer. O mejor dicho, una muy extraña mujer. Llevaba un vestido blanco, tan blanco, tan blanco que era capaz de enamorar a los más reacios o de matar a los más valientes, de entusiasmar a los miedosos o de aterrar a los audaces. Pero siempre, siempre, eliminaba a los que se cruzaban en su camino. Sin ninguna excepción.

Era un blanco muy puro, en el que se escondía la palidez de su rostro. Sobre sus hombros ligeros le caía un pelo blanco, y nunca se la vio sin ese mechón blanquecino que le caía sobre la cara. Cualquiera persona que la vea diría que era una joven fría, muy fría. Pero únicamente fijándose en sus ojos celestes y profundos se podía admirar el peso considerable de los años. Su mirada era helada y, cuando se posaba sobre alguien, aquel ser sentía su corazón oprimirse fuertemente... hasta que su cuerpo caía inerte sobre el suelo.

Nadie recuerda haberla visto abrir la boca una sola vez. En realidad, nunca se la vio comunicarse. Y la poca gente que dice haberla visto, aclara que desaparecía en menos de una milésima de segundo, ocultando el mundo bajo su capa de hielo. Según la leyenda, existe desde los tiempos más remotos. Escupe y escupe nieve sobre el planeta. A veces llora, pero sus lágrimas gélidas se convierten en hielo. Y la gente se entristece. Los pájaros se duermen. Los niños se enferman. Afuera, todo está vacío. Vacío, pero lleno de blanco. Este blanco asesino, en el que se desparra la sangre. El mundo está muerto.

Pero cuando esta terrible mujer, cruel y sin piedad, se enoja, se lo califica como “fin del mundo”. Ella grita con toda su alma, como para liberarse de un cuerpo que nunca quiso. Grita y grita. Es como un apocalipsis, donde el miedo y la desesperación de la gente le causan más y más furor a ella. Entonces, grita más todavía, llora, enfurecida, y se lamenta de esa vida insostenible. Pero nunca solloza, ¡nunca! ¡Ojalá pudiera arrancar cada árbol, cada edificio de esta maldita civilización! Era demasiado para ella, esa soledad acabaría con ella.

Y ahí, como en cada cuento, en cada historia, sucedió lo impensable: un hombre –o mejor dicho, un hombre muy extraño–, un hombre de oro, se interpuso entre la chica helada y el planeta herido. El muchacho era grande, fuerte y de una dulzura incomparable. En sus ojos se reflejaba un amor ardiente, que seguramente podía matar de alegría a cualquier persona dispuesta a amar. Su cabello rubio resplandecía como una bola de discoteca. El hombre, cuya sonrisa derretía al hielo más duro, al corazón más puro, se acercó a la mujer... y le cerró sus labios con los suyos.

El llanto cesó en ese instante, y cayeron de sus mejillas las dos últimas gotitas de plata. Conmovida, y con gran esfuerzo, logró cerrar los ojos, lentamente. Y al mismo tiempo que sus párpados iban bajando, la nieve se fundía y la gente salía a la calle para ver lo que ocurría. Al ver a esa dama de hielo irse, la gente, eufórica, sintió que una enorme ola de calor invadía ese planeta roto. El hombre de oro se agachó, con mucha precisión, para formar una bola perfecta, de la que salían llamas. Estas no quemaban,

pero relajaban e infundían esperanza, exactamente lo que los habitantes necesitaban en aquel momento.

Y el mundo renació. Los enfermos se curaron, los niños jugaron alegres en el patio con los vecinos, los pájaros cantaron. El vacío no fue ya vacío. La tristeza no fue ya tristeza. El mundo siguió siendo mundo. La nieve dejó lugar a magníficas plantas y flores multicolores. Los artistas, que se esforzaban en embellecer aquel planeta, que habían perdido la inspiración, entraron súbitamente en un estado de creatividad desenfrenada. La gente festejaba y festejaba hasta no poder más. Los parques ya no estaban desocupados como antes. ¡La alegría había vuelto!

¡El verano había reemplazado al invierno!

## BIENVENIDOS AL CRUCERO BELLAMAR

Manuela Huot Buil, Liceo Español Luis Buñuel

Tercer premio *ex aequo*

“¡Bienvenidos al crucero Bellamar!

En estos tres meses podréis realizar múltiples experiencias, como desplazaros por nuestras cincuenta y tres salas de ocio, participar en talleres, relajaros en la piscina o descansar en la suite.

Además de conocer lugares encantadores llenos de carisma.

¡Y por supuesto, hacer fotos para Instagram!”

Pronunciar aquella frase final siempre le había parecido extraño a la animadora del viaje, pero no podía negar que, desde hace mucho tiempo, a Bellamar solo venían clientes en busca de la foto perfecta. Se pasaban la mayor parte del tiempo mirando el teléfono y rara vez miraban el paisaje.

Entre los pasajeros se encontraba un grupo de varias chicas. Una de ellas, Amanda, había cumplido 20 años y sus padres le habían regalado un viaje en crucero con sus amigas. Al llegar, fueron directas a las habitaciones, dejaron las maletas y salieron a tomar el sol. Los cinco primeros días fueron idénticos al primero, pues el barco cruzaba un gran océano. La gente salía a charlar, los abuelos asistían a talleres, los niños correteaban por la borda...

44

Si algo unía a estas personas era la dependencia del teléfono. Todos habían venido por la misma razón, aunque no lo reconociesen: conseguir bonitas fotos, vídeos, lo que fuese, con tal de mostrar sus espléndidas vacaciones, no vividas en realidad.

Un día, Amanda y sus amigas se despertaron antes de lo habitual y acudieron al comedor a desayunar temprano. En la sala solo estaban un par de ingleses acostumbrados a madrugar. Se cruzaron con la animadora, que les había presentado el barco el primer día. No se acordaban de su nombre y tampoco es que les importara mucho, en verdad. Aquellas chicas, estaban bastante mimadas, acostumbradas a pensar sobre todo en ellas mismas, y en ese momento simplemente distraídas pensando en la foto que harían.

Un día, cuando se empezaba a hartar de no tener fotos dignas, Amanda vio algo. La continuidad del mar se veía interrumpida por una isla, no muy grande, cuyo centro se hallaba cubierto de espesos árboles tropicales. Y cuál fue la sorpresa de Amanda al descubrir que, sentado en la arena, estaba un naufrago. No es que le entusiasmase personalmente el naufrago; simplemente quería hacer una foto.

Nada más ver esto, fue corriendo a la cabina del capitán, obligándolo a detener el barco. Este se negó al principio, pero, cansado de su insistencia, acabó por aceptar y atracó el barco, mientras anunciaba a los tripulantes:

– ¡Atención! Se les informa que, debido a las circunstancias, hacemos una breve pausa en esta isla. Les recomendamos bajar a visitar las fantásticas fauna y flora tropicales.

Todo el barco escuchaba, mientras un pensamiento común surgía en la mente de los tripulantes: ¿Acaso sería ese el momento ideal para lograr la foto perfecta? Empujándose, la gente logró bajar por la escalerilla a estribor. Primero se interesaron por el naufrago. Al parecer, llevaba allí cinco meses, o eso creía, pues para él la noción del tiempo empezaba a desvanecerse. Dijo que no necesitaba ayuda y que se quedaría en

la costa vigilando que nadie robara el barco. Al decir esto, sonrió de manera desconfiada y pícara.

La gente no le prestó atención, ya estaban ocupados haciendo fotos. Una abuela había descubierto un tucán y se adentraba poco a poco en la maleza para captarlo con su cámara. Un grupo de personas la siguió, mientras otros se quedaban haciendo selfies. Amanda, a la que seguían sus amigas, decidió hacerse una foto con una palmera. La que tenían delante no era bonita. Por eso, decidieron adentrarse en aquel minibosque tropical a buscar otras.

Poco a poco todo el mundo se metió allí, penetrando cada vez más, sin darse cuenta de que se estaban alejando mucho de la costa. Al rato, decidieron volver, era tarde y estaban cansados, aunque satisfechos. Todos habían logrado la foto perfecta, incluso la exigente Amanda. Al llegar a la costa, vieron cómo el náufrago que habían visto antes empezaba a escalar, ascendía por la cubierta y aterrizaba en la borda. El náufrago, que apenas los miraba, entró en la sala del timón.

Sorprendida por todo esto, la gente empezó a hacer fotos del náufrago. Estaban tan embobados que no se dieron cuenta del sonido del “Bellamar”, aquel ruido resonante que hacen los barcos cuando se alejan de la costa...

El náufrago, riéndose, los miró, mientras se alejaba conduciendo el barco. Aun cuando el barco era un simple punto en el horizonte, la gente seguía haciendo fotos y vídeos. Todo el mundo ignoraba lo que pasaba en realidad. Estaban muy ocupados comentando, ansiosos, lo que harían tiempo después, cuando volviera al barco.

– Eh, chicos –dijo Amanda–. Todo esto es muy interesante pero... ¿y el barco?



TRABAJOS PREMIADOS  
EN LA MODALIDAD DE  
NARRACIÓN / RELATO BREVE  
14-15 AÑOS

## BAILANDO CON MAMÁ

Inés Antia, Sección española de Burdeos (Lycée François Magendie)

Primer premio

Madrid, 9 de marzo de 2020

Querido Aitor:

Érase una vez un niño de siete años. Vivía en un pueblito, rodeado por campos, con su madre y su padre. Se pasaba el día riendo, corriendo por todos lados y jugando con los chavales de su barrio. Al chiquillo todo el mundo le quería, y estoy seguro de que sentía algo muy parecido a lo que podemos llamar “felicidad”. Como en un cuento de hadas, ¿no?

Ese niño eres tú. O era yo, es igual. Somos la misma persona. La única diferencia es que nos separan 9 años, e igual algunos centímetros. Tuve que crecer, porque los años me lo impusieron. Pero estoy convencido de que no me robaron al niño que fui, al niño que eres. Por eso te escribo esta carta: no quiero olvidar quién era ese niño, quién eres tú.

Tengo ya pocos recuerdos de cuando tenía tu edad, pero los que me quedan los tengo grabados para siempre. A veces pienso en la abuela, y de repente casi puedo oír el ruido de las olas que chocan contra las rocas. Cuando llegaba el verano, íbamos a su casa en el País Vasco a pasar las vacaciones con papá y mamá, y siempre escuchábamos la misma canción en el coche, con el volumen a tope, hasta hartarnos de cantar. La abuela nos esperaba con un montón de pasteles hechos, zumo de naranja y las cosas listas para ir a la playa. Ya lo sabes, al llegar, siempre nos comía a besos y nos decía:

– Anda, ven aquí, tesoro mío. ¡Ven aquí, que te doy un abrazo; si no, no te llevo a la playa!– Y la dejaba achucharme, aunque no me gustaba nada y luego tenía la cara toda pegajosa.

Cada día, era el primero en despertarme y empezaba a correr por toda la casa gritando:

– ¡Despertaos! ¡Que ya es hora de ir a la playa!– ¡Cómo me lo pasaba jugando en las olas! Me acuerdo de esas tardes en el agua con papá, cuando jugábamos al caballito o intentaba ahogarle: “¡Hay que rescatar a la princesa!”

Salíamos del agua corriendo hacia la toalla, nos echábamos sobre la arena e intentábamos tirarle a mamá al agua. También me acuerdo de los sábados con mamá, en la casa del pueblo. Mientras papá estaba en la oficina, nosotros pasábamos mucho tiempo juntos. Me encantaban esos momentos. Solíamos cocinar, limpiar la casa o pasear por los campos. Pero lo que más me gustaba era cuando me enseñaba a bailar. Se dejaba llevar por la música, jera tan elegante y parecía tan ligera dando vueltas que creía que iba a echar a volar! La cogía de la mano e intentaba hacer como ella. Al principio me costaba mucho y nos reíamos, porque no tenía ningún estilo. Pero al cabo de unos meses, me aplicaba tanto y era tan riguroso que al final se me daba bien seguir los pasos. Nos pasábamos horas y horas en el salón, bailando, cantando hasta estar agotados. Se sentaba en el sofá, hecha polvo, y yo me tumbaba, con la cabeza en sus piernas. Sentía su respiración ruidosa e intentaba sincronizar la mía. No hablábamos. Me acariciaba la cabeza suavemente, dándome un beso de vez en cuando. Una vez, se puso a llorar discretamente, para que no la oyera.



– ¿Mamá, por qué lloras?

– Por nada, cariño. Estoy muy contenta, ¿sabes?– Me abrazó con todas sus fuerzas y se secó las lágrimas. No me gustaba nada verla llorar, me hacía sentirme muy triste.

– ¡Anda, no te quedes mirándome así! ¡Venga, vamos, que ya es hora de ir al baño, estás sudando!– Me cogió de la mano, me dio un beso y me dibujó una sonrisa en la cara.

Recuerdo que me gustaba bastante el colegio. Sacaba notas regulares, pero era un alumno muy curioso: hacía muchas preguntas y ¡me apasionaba la escritura! Tenía pocos amigos, pero los que tenía eran de verdad. Éramos una pandilla de cuatro chicos y una chica. Juan, el jefe, el mayor, había repetido curso, era el más alto y el más fuerte. Jorge era el más chistoso: se pasaba el tiempo gastando bromas que muchas veces no eran nada graciosas, pero nos reíamos con él. Luego estaba mi mejor amigo, Pedro. Se le daba muy bien tocar el piano, y me encantaba escucharle. Cuando salíamos al recreo, a veces venía la hermana gemela de Pedro, Luisa. Éramos muy amigos. Era muy guapa, tenía el pelo rubio y rizado, y unos ojos azules preciosos. Cada vez que la veía, llevaba en su bolsillo dos piruletas rojas: una para mí y otra para ella. Los miércoles por la tarde, sus padres les pedían a ella y a Pedro que fueran a comprar pan. Le preguntaba a mamá si podía acompañarles y siempre me decía que sí. Entonces nos íbamos los tres en patinete: nos parábamos en la panadería y luego nos quedábamos un rato en el parque. Era nuestro momento de libertad: charlábamos, nos reíamos, nos columpiábamos y jugábamos a pillar-pilla con los otros niños que estaban en el parque. Pero a mí solo me importaba pillarle a Luisa. No mientas, Aitor, sé que te gusta mucho. Creo que te tengo envidia. Todos estos momentos han desaparecido de mi vida. Sé que tienes muchas ganas de crecer, pero no tengas prisa: tu vida de adolescente no es nada parecida a la que te imaginabas. Empezarás a crecer de verdad dentro de poco tiempo, cuando tengas diez años. Todo cambiará en un instante. Vas a tener que ser muy fuerte, más fuerte que nunca. Ese día hará malo y lloverá. Mamá estará tumbada en su cama, el cuerpo tapado por una tela negra, los ojos cerrados y blanca como la nieve. Intentarás varias veces apoyarte contra su pecho para oírla respirar, como antes. Te quedarás varias horas a su lado, dándole la mano y cantándole las canciones que escuchabais. Papá se sentará a tu lado, escondiendo sus lágrimas. Te hablará de “cáncer”, pero eso lo entenderás un poco más tarde. Te abrazará muy fuerte y te dirá: “Se ha ido.”

Os tendréis que mudar. Papá no soportará vivir en el mismo sitio sin mamá. Cambiará de trabajo y os iréis a Madrid. Cambiarás de cole, tendrás que despedirte de Juan, de Jorge, de Pedro y, sobre todo, de Luisa. Te dará un abrazo y no volverás a verla nunca. Tampoco volveréis a la casa de la abuela, papá se enfadó con ella y no te dejará visitarla. Vas a cambiar mucho. Ya no serás el niño alegre que la gente conocía. Los campos se convertirán en rascacielos. No te gustará estudiar, te encerrarás en tu mundo, con sueños de ser escritor. Preferirás no tener amigos. Tu nuevo cole te parecerá un mundo de hipocresía: cada uno con sus cosas, los ojos pegados al móvil, criticando y riéndose de todo lo que es diferente. Te parecerá que las relaciones ya solo son virtuales, que se estará perdiendo el contacto humano y siempre tendrás la sensación de que te falta algo, una cosa que se fue al mismo tiempo que mamá. Papá tampoco volverá a ser el mismo. Le costará muchísimo volver a ser feliz. Se convertirá en un hombre muy triste, que trabajará como un loco para olvidar lo que tanto le duele. Tendréis problemas para hablaros de las cosas importantes, para deciros que os queréis, y eso te entristecerá mucho.

No te quiero asustar. Solo quiero que sepas que tienes mucha suerte de tener siete años. Me gustaría tanto volver a ser tú, aunque solo fuera por un instante. Te echo mucho de menos. Echo de menos mi niñez. Aprovecha las vacaciones en el mar. Aprovecha el tiempo que pasas bailando con mamá. Dile a Luisa cuánto la quieres. Disfruta, que el tiempo se te escapa.

Un abrazo,

Aitor Ariztimuño Sáez, 16 años

## AMA

Elaïa Rocchietti, Sección española de Burdeos (Lycée François Magendie)

Segundo premio

Hoy ha muerto *ama*.

Y mañana, quizás será mi turno.

“Muerta”, es un poco extraña esta palabra, ¿no? Puede expresar a la vez tristeza, alegría, desilusión, melancolía o libertad.

“Muerta”, ¿cómo una palabra tan pequeña puede contener toda la alegría y la tristeza del mundo?

Pero, por cierto, ¿cómo ha muerto *ama*? Porque no me había dicho nada, escribía “estoy bien”, sonreía y reía, aunque lloraba de vez en cuando.

Es verdad... ¿Por qué ha muerto?

Es que, por lo menos, hubiera querido verla, estar con ella en el último suspiro, me estuviese gritando o me sonriese, hubiera querido estar con ella.

Pero ahí ha muerto *ama*.

Y yo no estaba.

Esto no es justo, ¿verdad? ¿Por qué ella? ¿Por qué ella, si tantas personas quieren desvanecerse? ¿Por qué ella, cuando le quedaban tantas cosas que hacer? ¿Por qué ella, si me decía: estoy bien?

Verdad, ¿por qué ella?

Y, finalmente, ¿por qué no?

Te echo de menos, *ama*.

Es como si hubiesen arrancado un pequeño, o grande, trozo de mí.

Es como si hubiesen robado lo que siempre ha estado aquí.

Pero, finalmente, es así.

Siempre había estado aquí, junto a mí.

Pero se marchó.

¿Por qué has muerto, *ama*?

¿Por qué te has ido lejos de mí?

¿Por qué?

Y, finalmente, ¿por qué no?

E íbamos a encontrarnos, ¿recuerdas, recuerdas los mensajes y las cartas intercambiadas? ¿Seguirás recordando desde ese lugar al que parece que te vas? Porque yo seguiré recordando, seguiré leyendo tus cartas y escuchando nuestras canciones hasta el amanecer. Seguiré viniendo a este parque en el que nos vimos una vez, seguiré pensando en ti, sentada en este banco a medianoche, como perdida en las estrellas de tus sueños.

¿Sabes? Todo parece más grande, todo parece aún más vacío. Y las calles no resuenan igual cuando estoy caminando en ellas. Y los pájaros tampoco suenan igual, como si estuviesen entonando un réquiem, ¿sabes?, de esos que te hacen caer las lágrimas sin que puedas contenerlas.

*Ama*, hubiera querido compartir un tatuaje contigo, algo para recordar, algo que durase para siempre aunque este “nosotros” no lo pudiese. Hubiera querido tener algunas fotos, algunos vídeos, algo que mirar todos los días. Hubiera querido algo para guardar tu sonrisa, como suspendida aquí, quieta en el aire. Hubiera querido algo para recordar las risas y las bromas que solías hacer cuando nada iba bien.

*Ama*, ahora soy una sombra sola que sigue caminando y caminando sin encontrar jamás su ruta. Voy por las autopistas estas de las estrellas, sin armadura; que me pillen los meteoritos, ya no me importa, no te encuentro en el tráfico. Ya no puedo más, no hay salida al camino, todo va continuando sin que nada avance.

*Ama*, te echo de menos, intento desear tu retorno a cada estrella fugaz que veo, pero cada vez se desvanece antes de que acabe. ¿Por qué me has dejado tan sola? Ni la luna me sonrío ahora, todo se entristece en cuando me acerco.

*Ama*, los días se han vuelto silenciosos, ya no hay el canto de los árboles, la canción del río y el poema de las flores. *Ama*, nada tiene color, el gris ha invadido mi mundo.

*Aita* ya había dicho que la vida podía hacer cosas terribles, pero esto no es terrible, esto es despiadado y no lo puedo aguantar. *Ama*, nunca más amaré, hay demasiado que perder, hay demasiado que perder, *ama*, lo he perdido todo.

Y te odio, te odio porque ni me diste la oportunidad de darte este besito en la mejilla.

Y me odio, me odio porque no puedo odiarte.

¿Es esta la vida que esperaba tanto conocer? Pues ya no la deseo, ya no la quiero, quiero que le digas que se vaya y que vuelvas tú en su lugar. *Ama*, vuelve, por favor...

*Aita* parece estar bien, pero sé que llora mucho cuando no estoy a casa, sé que no quiere que le vea con la cara tan mojada. Y sé que todo no iba bien entre vosotros, porque tú te fuiste de casa, pero cuando lo veo por las mañanas, tiene los ojos rojos, rojos como tus flores preferidas y con ojeras que son cada vez más grandes.

52 Cada vez más grandes, como el vacío este que colma la casa. No lo decimos en voz alta, pero creo que los dos hemos renunciado, renunciado a vivir sin ti: parece que no queda nada por lo que luchar.

Así que dormimos, dormimos un montón desde que te han enterrado, para encontrarte en nuestros sueños y sonreír por una vez.

*Ama*, le he dicho a *aita* que quería irme, reunirme contigo, y él lloró, gritó también un montón y no entiendo por qué.

*Ama*, quiero apagarme, que cansa mucho intentar relucir todos los días.

*Ama*, te odio.

*Ama*, me odio por eso.

**LA HUELLA**

Ines Levy Pascual, Sección española de París  
(Lycée-Collège International Honoré de Balzac)

Tercer premio

La noche había caído. Como no era de extrañar, en París no se veían ni la luna ni las estrellas, escondidas por espesos nubarrones que cubrían el cielo parisino. Las calles de la ciudad se veían medio a oscuras, iluminadas únicamente por la escasa luz proveniente de los faroles, lo que hacía que las sombras se proyectasen sobre los muros y el suelo deformadas y ampliadas, dando a las calles vacías un aspecto lúgubre y siniestro. En una de estas calles desiertas, solitaria, una figura femenina, vestida con colores sombríos, avanzaba a paso rápido y apresurado. Capucha puesta y manos en los bolsillos, la mirada bajada con una voluntad de pasar desapercibida, para no llamar la atención, andaba rasgando los muros. Tenía los auriculares en las orejas, para disuadir a cualquier extraño que quisiese dirigirle la palabra, pero sin música alguna, para poder estar al tanto de cada ruido raro de pasos demasiado próximos a los suyos o de comentarios importunos soltados por algún pobre. Toda protección es pequeña, pensaba. Conocía los riesgos que suponía pasearse sola de noche siendo mujer, pero, bueno, hay que mostrar que no tenemos miedo, nosotras, ¿verdad?, que haremos lo que nos dé la gana y que ningún hombre puede disuadirnos de hacerlo. Porque somos fuertes. E independientes. Determinadas.

Por eso, caminaba con determinación, pero prestando siempre atención a su entorno, pasando delante de los bares y restaurantes, evitando los rincones sombríos de las calles y cambiando de acera si en la suya había grupos de hombres. Si se cruzaba con una señora, se sonreían mutuamente, como medio de apoyo, de solidaridad femenina. Respiró el aire fresco: le gustaba tanto pasearse de noche, le gustaría poder hacerlo a menudo, sin pasar miedo y tener que tomar tantas precauciones. Qué bien estaría, un mundo en el que las mujeres pudiesen salir tan libres y despreocupadas como los hombres, sin preocuparse de cómo vestir para no llamar la atención.

Un golpe de viento frío la hizo estremecerse, sacándola de sus pensamientos: adentró sus manos en sus bolsillos y apretó su chaqueta contra su cuerpo, intentando entrar en calor. Aceleró el paso, impaciente por llegar a su casa para poder meterse entre las sábanas de su cama con una infusión bien caliente en las manos.

Ya casi había llegado, solo tenía que andar dos bloques más, girar a la derecha y habría llegado. Súbitamente, en medio de la calle desierta salió de un edificio un señor, solo, que andaba en dirección suya, por la misma acera. Casi automáticamente, la muchacha sintió su cuerpo tensarse. Mientras avanzaba en su dirección, empezó a analizarlo rápidamente, observándolo con desconfianza: bastante joven, con una barba corta bien cuidada, debía de tener como máximo veinticinco años, vestía un conjunto de chándal azul oscuro y blanco, sus zapatos parecían recién comprados. Tenía auriculares en las orejas, debía de estar escuchando música, y andaba a velocidad normal, sin prisa. Él también la había visto, pero no la miró con insistencia ni hizo ninguna mueca rara escrutándola, lo que la tranquilizó. Sintió cómo sus músculos se relajaban mientras se acercaban el uno al otro para cruzarse. Ya casi el uno frente al otro, se dio cuenta de que él ni siquiera le había echado un vistazo, lo que terminó por serenarla. Casi se alegró: para este señor, no era ningún problema que se pasease sola a estas horas, no le

importaba, era como si fuese normal. En esto pensaba mientras se cruzaban, pasando a un palmo de distancia el uno del otro, los dos en la misma acera. En su fuero más íntimo, casi tenía ganas de agradecerse en silencio, de decirle gracias, mil veces gracias por no ser uno de estos hombres que te silban, que te hacen comentarios inapropiados, gracias por no ser un cerdo, señor. Y casi lo hizo. Casi. Estuvo a punto de pensar muy fuerte “Gracias”, a punto, pero no tuvo la ocasión de finalizar su pensamiento.

No pudo finalizar su pensamiento. No pudo, porque, de repente, perdió toda su capacidad de pensar, de reflexionar. De repente, su cerebro se quedó en blanco, parado: su visión se nubló. Un escalofrío cruzó todo su cuerpo: pero no fue uno normal, no. Este era diferente, más glacial, más helado y paralizante aún, parecido al veneno de una serpiente, que se expande despacio pero con seguridad, matando a cámara lenta, provocando un sufrimiento estremecedor. Y, como el veneno, este escalofrío se expandió desde la mordedura, desde el punto de intrusión, sinuosamente, con una lentitud cruel, atravesando los huesos, subiendo por su columna vertebral, llegando a todas las partes de su cuerpo, hasta la punta de sus dedos, tomando todo el control, cubriéndola como una capa de hielo, como una presencia mórbida. La obnubilaba, ella ya no era dueña de sus acciones. Pero continuó avanzando, eso sí, todo recto durante dos bloques, como si no hubiese pasado nada, girando a la derecha, como si nada. Tampoco dijo nada, su expresión se quedó impasible, impidiendo resaltar emoción alguna. Anduvo recto, como un autómatas, sin controlar sus movimientos. No pensaba, no podía pensar en nada, solo quería alejarse, huir, huir lejos. Sintió su lengua volverse pesada en su boca, incapaz de producir sonido alguno, su garganta volverse seca, muy seca, sintió dolor en los pulmones, un dolor puntiagudo, insostenible, como si respirar ya no fuese natural. El ruido o, mejor dicho, la ausencia de ruido alguno en la calle empezó a resonar en sus oídos, su cerebro empezó a zumbar más y más fuerte, con más insistencia, como una olla a presión a punto de explotar. Sus oídos silbaron, todo su cuerpo estaba bajo tensión, listo para estallar: todo su ser gritaba de dolor, de asco, aullando de vergüenza e incomprensión, rugiendo toda su rabia, todo su desconcierto.

No comprendía, no comprendía lo que acababa de pasar, no podía comprender, era imposible. ¿De verdad había ocurrido? ¿O era fruto de su imaginación? Lo había imaginado, ¿verdad? Eso que sintió, esa mano que la tocó, no ocurrió, ¿verdad?, ese señor que parecía tan majo... no ocurrió, no pudo ocurrir. Al menos eso deseaba, eso deseaba realmente, quería convencerse de ello, convencerse, pensar que no había pasado nada, nada, pero no, no podía, era imposible. De verdad le hubiese gustado hacer como si nada hubiese pasado, fingir o al menos olvidar, suprimir este instante de su memoria, pero no, un detalle se lo impedía. Un detalle o, mejor dicho, una marca invisible, pero imborrable, una huella de fuego, ardiente y dolorosa como si estuviese hecha con hierro, una huella de por vida. Imposible de quitar y de olvidar. Porque donde él la había tocado, donde él había puesto su mano, sintiéndose superior y considerando legítimo su acto, atribuyéndose el derecho de herirla, romperla, destrozarla, quedará para siempre una huella de dolor, de vergüenza, de repugnancia y aversión, una huella que, por más que frote e intente quitarla, no se irá, no desaparecerá. Se quedará grabada en su memoria, como un tatuaje sobre su piel, como si la mano aun estuviese allí, como si nunca la hubiese quitado, recordándole que, ese día, ese hombre se atribuyó el permiso de tocarla como un objeto, como si ella no fuese un ser humano sino tan solo una posesión suya, algo que se puede manosear sin repercusión alguna, una nada.

Le recordará para siempre que no todos los contactos son agradables, le recordará que las apariencias engañan y que confiar en la gente puede ser peligroso. Y cuando otra persona la toque en ese mismo lugar, ella no podrá sino acordarse de este día, de su impotencia, de lo sucia y dolida que se sintió. Y de cómo no tuvo ni siquiera el valor de darse la vuelta, de enfrentarse a él, porque en ese preciso momento todo en lo que pensaba era que había sido culpa suya, de ella, por no haber tenido más cuidado. Porque, al fin y al cabo, la culpa siempre es nuestra, de nosotras.





TRABAJOS PREMIADOS  
EN LA MODALIDAD DE  
NARRACIÓN / RELATO BREVE  
16-18 AÑOS

## LOS PECES EN... LA PECERA DE BOLA

Suzanne Pinzuti, Sección española de Grenoble  
(Cité Scolaire Internationale Europole)

Primer premio

Los peces rojos no ven, ni oyen, ni dicen nada.

¿No se dice que por la boca muere el pez?

La noche ya ha caído. Qué pronto, ¿eh? Será por la hora de invierno...

En un pequeño piso, una familia se está rompiendo. Los gritos de desesperación y los de ira se entremezclan. Parecen taladrar la bóveda celeste. Los golpes caen sobre el hijo, como meteoritos. Su cuerpo se quiebra poco a poco, así como su alma, heridos para siempre. Su familia no lo quiere. ¿Lo quiso algún día? Su máscara gotea. Sus uñas, azules y amarillas y malvas y rosas, producen en su padre un asco irreprimible. A puñetazos, se las va a pintar de color morado, a juego con su cara, sanguinolenta.

Los peces rojos no han visto, ni oído, ni dicho nada.

En una calle cualquiera, un beso provoca una conmoción especial. Cuatro millones de agujas apuntan a las enamoradas.

58

Hacen bailar a las dos mujeres, las dos culpables. Han separado sus manos por la fuerza.

Bambolean sus cuerpos en un vals macabro. Vals de mil insultos.

¿Cuándo se volvió rojo el cielo? ¿Dónde queda el orgulloso arcoíris?

Los peces rojos no han visto, ni oído, ni dicho nada.

La sonrisa se transforma en suspiro. Todos esos títeres estúpidos... Esa pantomima callejera... ¿Por qué razón vivimos? Al quitarse las pestañas y la peluca, los movimientos del artista traducen cierto cansancio, sus ojos fijos en el espejo. Las palabras odiosas resuenan en su mente. Oración fúnebre.

Eco arroyo. Máscara desilusión. Espejo puñal.

El telón cae. Está pintado de negro. Sudario... Cirio.

Los peces rojos no han visto, ni oído nada.

¿Qué hubieran podido hacer? Por mucho que se diga, son peces rojos.

¿Y tú?

¿Y yo?

**LUZ, CORRIENTE, BRILLO**

Evelina Traskovska, Sección española de San Juan de Luz-Hendaya  
(Lycée Maurice Ravel)

Segundo premio

Luz, corriente, brillo. Ahora era la luz del amanecer la que le dirigía, la corriente del viento la que le llevaba, el brillo de las estrellas el que le hacía creer. Despegaba con un gran impulso originado de lo profundo de su interior. Desplegaba sus alas, fijando la mirada en el eterno vuelo que le esperaba. Sentía cada partícula de sus plumas, la dulce caricia de la brisa, de vez en cuando convirtiéndose en unas suaves cosquillas. Solo le quedaba eso, disfrutar cada segundo del viaje. El sol se despertaba poco a poco y hacía reinar un grandioso espectáculo de luces que se promulgaban desde el horizonte. Ella era capaz de entender esa belleza, el susurro del viento. Volando por encima de las estepas pintadas de oro mañanero, contemplaba el movimiento del cabello de las praderas que parpadeaba por los pequeños cristales de agua del rocío. La corriente del viento le seguía llevando. Entrecerraba los ojos al traspasar las nubes. Sentía y saboreaba, con todo su cuerpo libre, un agradable cansancio. Feliz, sí, era feliz.

Se posaba de vez en cuando sobre las ramas de los abedules. Estos conocían aquellos sitios mejor que nadie; habían visto cada mirada enamorada, habían oído los más íntimos secretos, habían presenciado tanto los difíciles como los felices momentos. Paseaba sobre las ramas abriendo con su pico las cortinas de hojas que se extendían con elegancia hasta el suelo. Volvía a despegar y volaba dejando atrás las casas solitarias, los caballos en los prados y los pantanos hechizados que se escondían entre esos abedules. Entendió que la ciudad no estaba lejos al percibir su gran estruendo, tan característico que una paloma lo podía reconocer perfectamente. Vio la carretera principal. Pero en aquel momento, no era ni el ruido ni el tráfico ni el ruido del tráfico lo que le llamaba la atención. En aquel momento su instinto era la búsqueda. Sin duda, buscaba algo. O quizás... a alguien.

“Pfff... ya no puedo más. Mi único deseo es irme de aquí ¿Qué clase de trabajo es este?” se quejaba a sí misma, saliendo por la puerta del personal, situada en la parte trasera de la fábrica. Los rayos del sol iluminaban las casas, creando un filtro retro atmosférico. Se podía espiar, a través de las ventanas, las tareas cotidianas de las personas: cómo preparaban el café, cómo lo bebían escuchando las noticias, cómo reaccionaban a los problemas domésticos que no tenían importancia... La ciudad ya se estaba despertando; se abrían las tiendas y el olor de las primeras hornadas de pan, contrastando por los perfumes recién echados de las personas que iban a trabajar, impregnaban las calles. Esos pequeños detalles que le gustaba ver, sentir y vivir, era lo que más le relajaba y concienciaba de la existencia de aquellos momentos únicos que quería grabar para repetirlos una y otra vez.

Entró rápidamente en una tienda a comprar algunos productos básicos que se iban acabando en casa, para echar una mano a su madre, y luego se dirigió finalmente a la parada. Una vez en el bus, cansada y agotada de los problemas sin resolver, se sentó al lado de una ventana, entreabierta en la parte superior, por lo que un caliente vientecillo despeinaba suavemente su pelo y le producía picores en los ojos. Lo disfrutaba... le recordaba las noches de verano, cuando salían con su padre a tomar el fresco

antes de dormir. Sin embargo, también recordaba lo que no quería en realidad, de lo que estaba cansada. Recordaba el día anterior...

“Ojalá pudiera no volver aquí; por favor, que todo vaya bien...” se decía al salir de ese sitio con una lágrima de esperanza en la mejilla. Se la secó con una de las mangas, reordenó los pensamientos y se prometió a sí misma tener espíritu. Con la mente más clara y positiva, se dirigió a su trabajo, donde le esperaba una difícil jornada nocturna.

Eso, y más, giraba y giraba en su cabeza.

Golpes, golpes en el aire, golpes del batir de unas alas la despertaron de su profunda meditación. “¡Un pájaro, un pájaro!” gritaban por allí. Un pájaro había penetrado en el bus, impresionando a todos los pasajeros, pero salió tan rápido como había entrado. La joven no entendió nada, solo consiguió ver algunos segundos una paloma perdida que encontró pronto la salida.

El jaleo en el bus se había calmado, todos volvieron a lo suyo, dejando esa situación como otra anécdota más de su colección de breves historietas para luego contársela a sus hijos. Ella también siguió mirando por la ventana, disfrutando del camino a casa.

La última parada era la suya; sin embargo, tenía que seguir andando. Al atravesar los raíles, sentía el olor del carbón que transportaban los trenes y oía desde lejos el chirriante crujido de la fricción de los vagones. Incluso andando por el pequeño bosque que separaba el ferrocarril del campo, seguía oyendo cómo anunciaban los megáfonos las próximas salidas o las recientes llegadas. En realidad, esos sonidos, tan familiares para ella, le ayudaban a dormir. A la salida del bosquecillo había una colina, desde donde se podía ver a lo lejos su casa, una casa solitaria en las inmensas estepas. Empezó a atravesar el campo, pasando con gracia entre las flores silvestres que le acariciaban tiernamente. De repente, empezó a distinguir una borrosa silueta; se dirigía hacia ella con aire apresurado, apartando bruscamente las delicadas flores. Era su madre, claro, no podía ser otra persona. La joven, aturdida por el libre viento que corría por las estepas, miraba a los ojos de su madre. Esta última, con una mirada preocupada, movió los labios. Su hija no oyó las palabras pronunciadas, pero sí entendió el mensaje.

Era lo que pensaba. Su madre venía en ese momento corriendo para anunciarle la noticia que había llegado de aquel sitio que había visitado el día anterior, el hospital. Ella ya se lo había imaginado, viendo todas las circunstancias y, sobre todo, recordando ese animalito que le había venido a visitar por última vez. Abrazó a su madre, y después de haberse quitado un peso del corazón, le decía...a su padre... a su alma...

...que ahora te dirija la luz del amanecer, que te lleve la corriente del viento, que te haga creer el brillo de las estrellas...

## LA MEMORIA Y LOS HÉROES

Mauro Ramírez García, Sección española de Burdeos  
(Lycée François Magendie)

Tercer premio

Mi abuelo paterno murió a los 92 años. Una vida verdaderamente larga. Yo siempre lo vi como un hombre viejo, que apenas se podía mover sin ayuda y que salía a la calle en silla de ruedas empujada por mi abuela. Hablaba poco y, en sus últimos años, apenas nos conocía –o no nos conocía en absoluto–. Un día, mi padre le preguntó que qué pensaba del Rey, y contestó:

– ¿El Rey Alfonso?

Mi padre nos explicó que no es que hubiera perdido la memoria, sino que se había encerrado en su propia memoria, la de cuando era niño. Cuando se tiene la edad que tengo yo, no se entienden o no se valoran bien estas situaciones tan tristes.

El verano pasado, visitando Ocaña, un pueblo grande de Toledo, mi padre me dijo:

– Mi padre estuvo siete años viniendo aquí a trabajar en bicicleta.

– ¡Pero si hay diez kilómetros desde el pueblo y apenas podía caminar! –respondí yo.

– No sé si sabes que el abuelo fue también joven –dijo mi padre, sonriendo.

A veces, no nos damos cuenta del paso del tiempo ni de que hubo otros tiempos anteriores a nosotros. Ese día, al regresar a casa de mi abuela, cogí uno de los álbumes de fotos que yo había visto siempre en una estantería, pero que nunca me habían interesado, lo abrí al azar y me encontré frente a una foto de unos chicos jóvenes, vestidos con uniforme militar, en actitud sonriente y posando con unos fusiles Máuser (sé lo del Máuser porque me gusta mucho la historia, en especial la historia de la segunda guerra mundial). Tenía una inscripción debajo, escrita con pluma, que decía “Retamares, 1943”. Vi que la cara de uno de ellos tenía los rasgos inconfundibles de mi abuelo. “Fue joven”, me dije. Y entonces me entraron muchas ganas de saber algo más sobre una persona de la que solo conocía sus dificultades para andar y sus silencios. Y comencé a preguntar... Lo que escribo a continuación es una historia oral.

Mi abuelo vivía en un pueblo del centro de España. Era el pueblo en el que había nacido en 1924. Cuando era muy niño, en 1929, presencié uno de los primeros accidentes de la aviación militar española, en el que murió un joven capitán. Y, en 1930, comenzó los estudios en la escuela primaria. Estaba en un edificio muy bonito (he visto las fotos), que se había empezado a construir al final de la dictadura de Primo de Rivera. La derribaron en los años 80 para hacer una nueva escuela, más grande, pero no tan bonita.

En julio de 1936, comenzó la guerra civil y la vida que había llevado hasta entonces cambió completamente. Había terminado ya la primaria y tenía que ir al colegio para hacer el bachillerato, pero, como en agosto asesinaron a su padre, tuvo que comenzar a trabajar, con doce años, para ayudar a su familia a sobrevivir.

Como a veces no tenían nada que comer, su madre les dijo un día a él y a su hermano mayor que fueran hasta un pueblo que estaba a 30 kilómetros, donde vivía un primo suyo que era ganadero y les podría entregar algo de comida. Para llegar allí, se subieron a un tren de mercancías en marcha, como en las películas, para así no tener que pagar el billete, porque no tenían ni un céntimo. Cuando llegaron a casa del familiar, estaba la mesa puesta, porque iban a comer. Había de todo: carne, huevos, queso,

fruta. Pero nada más empezar a comer, sonó la sirena de bombardeos y todos salieron corriendo para esconderse en el refugio. Ellos tenían tanta hambre que prefirieron quedarse, durante todo el tiempo que duró el bombardeo, allí sentados, comiendo, y mientras comían queso y devoraban los huevos, sentían cómo toda la casa se movía con el estrépito de las bombas. Cuando regresaron al pueblo, llevaban en un saco tres quesos, medio jamón y dos docenas de huevos duros, pero antes de llegar a su casa les asaltó una patrulla de hombres armados. Ellos intentaron explicarles que llevaban la comida para su madre y su hermana, que eran cuatro personas de familia, que su padre había muerto y no tenían nada que comer. Y entonces el que parecía el jefe metió la mano en el saco, tomó un huevo duro, se lo entregó y dijo: “Ahí tenéis algo para comer hoy.”

El día que terminó la guerra en el pueblo, entraron unas tanquetas italianas. Llegaron hasta la plaza y los tanquistas salieron a tomarse algo en el bar. Mi abuelo aprovechó la ocasión y, con tres amigos, se subieron a las tanquetas y robaron unas cintas de munición para las ametralladoras, que guardaron un tiempo hasta que la Guardia Civil se enteró y fue a su casa para recogerlas.

Había pasado la guerra dedicado a trabajar en lo que podía, a buscar comida y a jugar con sus amigos. Por eso, una vez terminada, se puso a trabajar seriamente, a leer y a estudiar. Los años 40 fueron muy difíciles: hambre, tres años de servicio militar... Pero, poco a poco, con esfuerzo personal, fue saliendo adelante en la vida. El tiempo perdido en la guerra le enseñó a aprovechar los años posteriores que vivió. No sabía latín ni había estudiado literatura, pero entendía perfectamente eso del *carpe diem*.

\*\*\*

62

Desde aquel día he seguido preguntando y he sabido muchas más cosas sobre mis abuelos y mis abuelas (que afortunadamente siguen vivas). Y cada uno de ellos podría ser el protagonista de una novela de aventuras. Yo pensaba que los héroes son esos personajes de las películas que hacen cosas extraordinarias. Ahora sé que los verdaderos héroes están mucho más cerca de mí y que sus verdaderas hazañas consisten en enfrentarse a la vida e intentar llegar a buen puerto.





CENTRO DE RECURSOS DIDÁCTICOS

34, bd de l'Hôpital  
75005 PARIS

Tfno. 01 47 07 48 58

[centrorecursos.fr@educacion.gob.es](mailto:centrorecursos.fr@educacion.gob.es)

[www.educacionyfp.gob.es/francia](http://www.educacionyfp.gob.es/francia)



EMBAJADA  
DE ESPAÑA  
EN FRANCIA

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN